

Era nuestro inspirador y Mecenas partidario ferviente de la Conciliación, y apoyaba con su periódico el primer ministerio de don Amadeo, armadijo de unionistas y radicales. Creía el buen andaluz que se hundiría el mundo en cuanto los dos concertados puntales de la situación se cayeran cada uno por su lado. Y si esto creía el maestro, ó si no creyéndolo lo afirmaba, de su caletre al nuestro lo transmitía por razones de puro arte político. Yo no pensaba como él en lo tocante á la Conciliación, que infecunda me parecía, pues cada una de las dos partes á la otra esforbaba para toda labor eficaz. Pero me guardaba de manifestarlo á mi jefe, que me habría soltado el chorro saladísimo de su verbosidad andaluza. Yo pensaba en ello y me decía: «Algún motivo tendrá este hombre para patrocinar con tanto ardor la forzada coyunda de los dos partidos, y para fundar un periódico con el fin exclusivo de sostenerla.» *El Debate* araba la tierra política sin lograr la derecha del surco, porque ni el buey unionista ni el buey radical se avenían á tirar del arado con igualdad. ¿Romperían el yugo?

Lo rompieron, sí señor, bastantes días después de entrar yo en *El Debate*; pero antes de referir esto, traeré á colada otras materias para no disgustar á los devotos de la exacta cronología. De asuntos privados, confundidos con los públicos hablaré, para que resulte la verdadera Historia, la cual nos aburriría si á ratos no la descalzáramos del coturno para

ponerle las zapatillas. ¡Cuántas veces nos ha dado la explicación de los sucesos más trascendentales, en paños menores y arrastrando las chancletas! Y vais á verlo.

V

Sabréis, amigos, que mi conquista de aquellos días (que no consigno por orden numérico porque he perdido la cuenta) me depa-
ró una moza bravía y algo hombruna, morena y agitanada, más alta que yo en cuarta y media, gallardísima, de ojos bonitos y más bonitos morros, la cual me juró amor eterno y fidelidad, siempre que yo le mantuviese el pico y con decencia la vistiera, sin interrupciones de ayuno y desnudez. Trájome Celestina aquella hermosa bestia, diciéndome que era su prima, y yo le di el gobierno de mi casa y la soberanía de mi persona. Vivíamos felices. Felipa, que así se llamaba, natural de las Peñas de San Pedro, era una fuerte trabajadora en los menesteres más duros de la vida doméstica; lavaba la ropa y los suelos y toda la casa con verdadero frenesí; guisaba con abuso de especias y picantes, y hablaba con estridor de gritos y libérrimo vocabulario...

Naturalmente, mis relaciones con Felipa trajéronme nuevas amistades y trato con personas del propio jaez. Conoci á otra mujer, muy bonita por cierto, pelo rojo, figura de-

licada. Aunque el tipo, lenguaje y modales de Lucrecia (¿nombre verdadero ó postizo?) eran tan distintos de los de Felipa, tratábanse las dos mujeres con familiar intimidad... Tras Lucrecia compareció en nuestras tertulias un hombre ordinario, disfrazado de elegante, estrenando ropa, mal carado, y hablador verboso, insubstancial y cínico de asuntos que no entendía.

De esta sociedad, llamémosla así, que á mi albergue acudía, pasamos á otras, yendo Felipa y yo á tertulias amenas en casas donde conocí y reconocí caras bonitas y feas, y encontré amigos entre sujetos que veía por vez primera. No se crea que era la mansión de Celestina ni otra semejante. Algo se celestineaba allí, es cierto, por bajo cuerda, y más que algo se le tiraba de la oreja al amigo Jorge; el tono general era de semi-decencia ó *medio-mundo*, y algo de *armas al hombro*. Útiles enseñanzas de la vida y del mundo adquirí en aquel extraño beaterio. Oyendo aquí y adivinando allá, vine á comprender que mi Felipa había sido criada de Lucrecia, y que el fachoso cortejo de ésta, adornado con gruesos brillantes en pechera y sortijas, era jugador de profesión, y poseía en Madrid pingües chirлатas. Otras muchas rarezas vi y observé, que no cuento á mis buenos lectores porque quiero irme derecho al asunto de más interés. Una mujer entró allí, la *Tía Clo*, con mantón y delantal, arrastrando gastadas pantuflas en chancleta. Mirándola en tal guisa y desgaire, tardé un rato en reconocerla, y me

dije: «yo he visto á esta vieja en alguna parte.»

Y en el mismo instante se destacó del grupo principal de la tertulia un señor inflado, calvo y herpético que me llevó aparte para reanudar conmigo una conversación entablada la noche anterior. Aquel sujeto llevaba frac, no por llevarlo allí, sino porque de allí se iba al Teatro Real. «En *El Debate* está usted muy bien—me dijo.—José Luis es listo, bien relacionado, y sabe mirar por los que le sirven, y abrirles camino para las buenas posiciones políticas. Un sueldecito regular no le faltará á usted... El periódico está bien hecho: me gusta mucho... Y vivirá: su vida está asegurada para largo tiempo. Hay dinero, amigo, hay dinero á granel. ¿Sabe usted de dónde vienen los monises?... Pues vienen de Cuba... ¿Por qué abre tanto esa boca? De Cuba, sí señor. ¿Pero usted cree que hay en España dinero que no venga de la perla de las Antillas?... ¿Qué..., lo niega usted?

—No señor, no niego ni afirmo nada: oigo.

—Pues oiga usted más. El dinero lo mandan los ricos hacendados de la Isla para crear aquí una opinión favorable á sus intereses. Considere usted, joven, lo que son los intereses en aquel país tan rico, y tan desatendido por estos Gobiernos. Los buenos españoles de allí quieren que no se precipite el Gobierno en echarles reformas y reformas. Sobran aquí sabios, oradores, y el buen sentido se cotiza muy bajo. Quieren los buenos españoles que si se ha de quitar la esclavi-

tud, nos contentemos ahora con *el vientre libre*, dejando lo demás para mejores tiempos. Si así no se hace, peligrará la riqueza, la propiedad, y los ingenios serán pronto montones de ruinas... Para meter estas ideas en las cabezas alocadas de acá, los hacendados desean tener aquí órganos de la opinión sensata... Hacen ellos su cuestación, reúnen una porrada de miles de pesos y la mandan acá. Ahora viene el dinero á las manos de don Manuel Calvo, que está en Madrid. ¿No le conoce usted? Vive en casa de Lhardy. Es la única persona que Lhardy aposenta en su casa... De las manos de Calvo pasa el dinero á las de don Adelardo Ayala, que lo distribuye... porque no es sólo *El Debate* el que cobra por defender la buena causa. ¡No he visto yo pocos fajos de billetes pasar de las manos de don Manuel á las de don Adelardo! ¿Qué, se asusta, Tito? ¿Es usted de los españoles pácatos que tiemblan y se descomponen cuando oyen hablar de gruesas cantidades?

—No me asusto, señor — le dije; — me asombro y casi me indigno de que se suponga á mi jefe capaz de...

—¡Ay qué gracia!—exclamó el herpético rompiendo en franca risa.—¡Pero si Albareda no pierde con ello ni un átomo de su honradez; si esto es lo más lícito, lo más meritorio, lo más...! Albareda es un amable filósofo, que se adelanta á su época. Si á él le conviene tener un periódico defensor de su política, ¿qué mal hay en recibir auxilio de un grupo de buenos españoles que miran

por su patria? Me consta que el dinero pasa por las manos de Albareda sin que nada se pegue en ellas.»

Aquel hombre, que, según dijo, venía de comer en Lhardy, hablaba con salpicaduras de saliva y un galopar tumultuoso de los conceptos. Creí advertir en su lenguaje los efectos de un mediano exceso en la bebida. Sin venir á cuento, sacó un largo puro habano, diciéndome: «Tome este tabaco. Es de los de regalía.» En seguida me dió otro, y cuando yo creía que tomaba aliento para seguir despotricando, se levantó, dejándome con mis observaciones atravesadas en la boca... Le vi acercarse á las que llamaremos damas por no saber qué nombre darles, y se fué no sé por qué puerta... Acerquémeme entonces á la *Tía Clío* con avidez de interrogarla, y me volvió la espalda, volteando su anchuroso cuerpo, pobremente vestido... Y al instante, sin decirme una palabra, sin dejar tras de sí otro rumor que el de sus chancletas sobre la gastada esterilla, desapareció. Mis ojos la buscaban; buscándola la perdieron de vista. En medio de la sala quedéme perplejo y apenado... Cogí de un brazo á Felipa y le dije: «Ven, vámonos de aquí, mujer, que en esta casa hay duendes.»

Me guardé bien de contar á don José Luis lo que había visto y oído, tal vez soñado. Tratando en largos días al maestro y á sus amigos, llegué á la certidumbre de que *El Debate*, como otros periódicos de Madrid, vivía de la savia cubana. Esta pasaba por las

manos de Albareda sin que en ellas quedaran ni partículas del precioso metal. Todo era poco para el cuerpo y el alma de la publicación (imprenta, papel, redactores). El hombre que sostenía con fatigas y el apoyo de sus amigos *La Revista de España*, fué un grande y desinteresado propulsor de la cultura de este país. Fué el más aristócrata de los periodistas y el más elegante de los políticos. Las campañas que él inspiraba llevaron siempre el sello de distinción exquisita. En contacto constante con la gente linajuda, se mantuvo fiel á los ideales de la soberanía de la Nación; era conservador á la inglesa y predicador del *self-government*. Esta fórmula y los motes de los dos partidos, fundamento y piezas principales de la máquina política, los *torys* y los *wighs*, no se apartaban de su boca andaluza... Y viviendo entre millonarios siempre fué pobre, y en la pobreza se deslizó su vida, que muchos tenían por ociosa y era muy activa. Mujeriego, taurofilo y deportista, tenía tiempo para todo, hasta para demostrar con hechos que el talento fecundiza la misma frivolidad, y de ello sacan frutos preciosos la razón y el ingenio.

A propósito de ingenios quiero hablar del conocimiento que en *El Debate* hice con varios sujetos que lucidamente han figurado en las Letras y en el Periodismo. Los que más vivos conservo en mi memoria son Rodríguez Correa y Ferreras... ¡Alto!... Déjenme volver atrás. Necesito el desorden; la estricta cronología pugna con mi temperamento voluble

y mis nervios azogados. Atención. Cuando llegamos á casa pregunté á Felipa quién era el señor obeso y calvo, de frac, que me había llevado aparte para hablarme á solas. Dijome que era un mozo de café ó de fonda, que se fué á la Habana y de allá volvió dándose las de ricachón, ó siéndolo de verdad. De la *Tia Clio*, por cuya procedencia y oficio le pregunté, dijome lo que á la letra copio: «Es una vieja medio loca que en el piso bajo tiene una tienda de muebles, armas y papelerios antiguos. Lejos de aquí la hemos visto vestida de señora con borceguies de tacón dorado, y aquí se nos presenta hecha un pinjajo, con chinelas que dice fueron de una tal doña Urraca. Charlótea de trifulcas que pasaron y de las que están pasando, y es una critica que no hace más que gruñir. Se va como viene, sin saludar á nadie y diciendo no más que: «*Hasta ahora.*» Y el ahora quiere decir *siempre.*»

Hablábamos de esto medio dormidos ella y yo, por lo cual quedó en mi cerebro aquella conversación como cosa de incierta realidad, tocando en la frontera de lo mentiroso y fantástico... Y á los pocos días caí enfermo de una fiebre que empezó leve, y por descuidarla hubo de parar en tifoidea, que á mí me postró por más de tres semanas, y á Felipa dió mucho que hacer y que sentir. La pobre mujer, creyendo que me las liaba, forcejeó con la muerte, y mientras ésta tiraba de mí para llevarme al otro barrio, mi coima tiraba con verdadera furia para dejarme aquí.

¡Qué días de sufrimiento y qué noches de angustia! El único amigo que me acompañaba y á ratos hacía de enfermero auxiliar de Felipa, era el isleño por cuya mediación afectuosa entré yo en *El Debate*. No se concretaba su auxilio á las palabras consoladoras y á la dulce compañía, sino que, á las veces, con su corto peculio cuidaba de proveer el vacío portamonedas de Felipa... En la soporífera largura de mis horas de fiebre me acosaban las visiones de la *Tía Clio* y del hombre herpético que me contó la leyenda de los dineros de Cuba... Al fin, restablecida poquito á poco la normalidad en mi caletre, entré en convalecencia, fui tomando fuerzas, curé, y una tarde, cuando ya podía valirme y saborear la lectura y la conversación, hablé de este modo á mi buen camarada el isleño: «Por mucho que yo viva y prospere, no podré pagarte lo que en esta ocasión, la más crítica de mi vida, has hecho por mí.» Y él me respondió: «Quién sabe si algún día me presentará yo á cobrarte esta deuda, y tú, con buena memoria, te apresures á pagarme.»

Corrió el tiempo arrastrando sucesos públicos y privados; se fué don Amadeo; salió por escotillón la República, feneció ésta, dejando el paso á la Restauración... Reinó Alfonso XII; pasó á mejor vida. Tuvimos Regencia larga; se fueron de paseo las Colonias y entraron á comer manadas de frailes y monjas... El niño Alfonso XIII fué hombre; reinó, casó... Vino lo que vino: agitación de partidos, inquietud social, prurito de liber-

tad, alerta de republicanos, guerra con moros, semanas de fuego y sangre...

Pues en tan largo estirón de la Historia, el hombre chiquitín que os habla vió caer sobre sí un diluvio de calamidades. Pasó miserias, sufrió persecuciones; trabajó sin descanso, repartiendo su voluntad entre las tareas de pluma y la conquista de mujeres, únicas empresas en que le favoreció la fortuna. Errante anduvo de un hemisferio á otro; fué empleado en Cuba, empleado en Filipinas, periodista que jamás obtuvo recompensa, escritor que no llegó á conocer el galardón de la fama. Siempre obscuro y desconsiderado, en sus retornos de América y Oceanía vivió pobre en Madrid, vegetó en diversos pueblos y poblachos de provincia. En el curso de esta odisea, alguna vez topó con su amigo el isleño; se cumplimentaron y departieron sobre la buena ó mala suerte de cada uno. Pero llegó un día en que la conversación fué más larga y de mayor substancia, como á continuación se verá.

En la Puerta del Sol nos encontramos á los treinta y siete años justos del día en que tomó el portante don Amadeo de Saboya. ¡Treinta y siete años! Muy pronto se dice; mucho se tardaría en contar lo que pasó bajo las chinelas ó el coturno de la *Tía Clio* en trece mil quinientos cinco días. Yo, lejos de aumentar, había menguado de talla; los pelos que me quedaban eran hebras de plata, y rostro y cuerpo mostraban lastimosamente los zarandeos del tiempo. Mi amigo no llevaba

mal sus años maduros, y su rostro alegre y su decir reposado me declaraban mayor contento de la vida que el que yo tenía. Hablamos de trabajos y publicaciones; díjeme yo que había leído las tuyas, y él, replicándome que algo le quedaba por hacer, saltó con esta idea que á las pocas palabras se convirtió en proposición:

«Una promesa indiscreta obligame á escribir algo de aquel reinadillo de don Amadeo, que sólo duró dos años y treinta y nueve días. Tú y yo vimos y entendimos lo que pasó y lo que dejó de pasar entonces. Tu memoria es excelente; sabes contar con amenidad los sucesos públicos. Hazme ese libro, y con ello quedará saldada la deuda de caridad que tienes conmigo. Puedes observar el método que quieras, ateniéndote á la cronología en lo culminante y zafándote de ella en los casos privados, aunque éstos á veces llegan al fondo de la verdad más que llegan los públicos. Puedes entreverar entre col y col la lechuga de tus conquistas; ya sé que han sido innumerables, algunas acometidas y consumadas con temerario atrevimiento y dramáticos peligros... Por este trabajo te pagaré lo que dió Cervantes al morisco aljamiado, traductor de los cartapacios de Cide Hamete Benengeli, dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, ó su equivalente en moneda, añadiendo el gasto de papel, tinta y tabaco en los pocos días que tardes en rematar la obra... Dime pronto si aceptas, para cerrar trato contigo, ó buscar otro plumífero con quien pueda en-

tenderme para sacar al mundo la vaga historia de Amadeo I.»

Vací un instante, mirando al cielo y á los tranvías que de un lado á otro pasaban, y acepté, y con un apretón de manos sellamos nuestro compromiso.

VI

Y ya que sabéis la razón de que yo escribiese lo que estáis leyendo, añadiré para mayor claridad de este negocio, que el isleño me autorizó á contar la Historia como testigo de ella, figurándome en algunos pasajes, no sólo como presenciador, sino como lo que en literatura llamamos héroe ó protagonista. A mi observación de que yo tendía por temperamento y volubilidad natural á la mudanza de opinión, y á variar mi carácter y estilo conforme á la ocasión y lugar en que la fatalidad me ponía, contestó que esto no le importaba, y que la variedad de mis posturas ó disfraces daría más encanto á la obra.

Dadas estas explicaciones, continuó mi cuento. En pleno verano del 71 se despegó con el calor la Conciliación, retirándose cada parte por su lado con ganas de pelea. No habían hecho nada. Al soltar sus cuellos del yugo, la emprendieron á cornadas unos contra otros: «Ya ve usted, mi querido don José Luis—dije al maestro,—lo mal que resulta el intentar que gobiernen juntos los que de

su separación y diferencia sacarían la fuerza eficaz que pone en marcha la máquina del sistema. Ya que tan enamorado está usted del turno inglés, hágase la prueba de que gobiernen ahora los *wighs* con su programa y planes de reforma, y que los señores *torys* aguarden con paciencia su vez.»

Pero Albareda no daba su brazo á torcer. Hombre agudísimo, que por imposiciones de la Fatalidad tenía compromiso de abogar por el contubernio, desmintiendo su *dilettantismo* anglómano, sacaba razones de su fértil ingenio; y me apabullaba con sofismas deliciosos. Seguía yo defendiendo con mi fácil pluma el desbaratado armadijo, tratando de recoger los pedazos para volver á pegarlos con la cola de mis artículos. Pero por mi cuenta digo que los *torys* de acá eran la mayor calamidad del Reino. De cepa unionista moderada, llevaban en la masa de la sangre los vicios y las malas mañas de la rancia política y de la administración apolillada. Con necia fatuidad aseguraban que ellos solos poseían el secreto de regir á la Nación, y que sin ellos todo era desorden y merienda de negros. Conocía yo á un señor, inveterado unionista del 63 y 64, y siempre que nos encontrábamos largábame un sermón, contrastando la omnisciencia de los suyos con la ineptitud de la gente nueva. La síntesis era ésta: «Nada, nada, amigo; es cuestión de camisa limpia...» Según aquel inmenso congreso, la clave del gobierno de España estaba en manos de las lavanderas y planchadoras.

Divorciados el Ayer y el Mañana, matrimonio de conveniencia, entró á formar Gobierno el Mañana, don Manuel Ruiz Zorrilla, el más valiente y entero de los hombres de la Revolución, popular cual ninguno por mirar de frente á los intereses del pueblo, voluntad firme, corazón que ardía en el amor romántico de una España redimida. Sus compañeros de Gabinete, llamándose demócratas, gastaban pecheras tan blancas y lustrosas como las de los palaciegos mejor almidonados. No era cuestión de camisas limpias, sino de cerebros lavados de roña y telarañas.

Un poquito atrás, caballeros. Se me olvidó decir que en los tenebrosos y amargos días de mi enfermedad fué la apertura de Cortes, y en el acto solemne leyó don Amadeo el acostumbrado discurso, como todos los del ritual, enfático y pedantesco, henchido de vanas promesas y preñado de hiperbólicas esperanzas. En boca del Rey puso el Gobierno parrafillos en que éste pudo vanagloriarse con sincera bravura de su liberalismo, como de su respeto á la voluntad de la Nación. Con entusiasmo loco recibió el anfiteatro estas lindas canciones, que transcendieron pronto á las calles y al corazón de los adictos... Presidente de las Cortes fué Olózaga por votación no muy nutrida. Ciento diez papeletas le colaron en las urnas. La oposición era tremenda; entre federales, carlistas, moderados netos, alfonsinos de solemnidad ó vergonzantes, formaban una falange de comple-

jos rencores que iban á una contra el Gobierno, el Rey y el Verbo divino.

Adelante. Reanudo el hilo cronológico para deciros que Ruiz Zorrilla trajo á la política oxígeno abundante y fresca de reformas, por las que suspiraba el envejecido sér de la Patria. Entró don Manuel con singular arranque á matar las rutinas; crujía la *Gaceta* del empuje, y el radicalismo se estrenó con un sonoro triunfo. De aquel Gobierno se dijo que era una *República con Rey*. ¡Lástima que no hubiera sido cierto, y que no durara lo bastante para que se consolidase la utopía y se hiciera verdad de carne y hueso! Los Ministros que don Manuel asoció á su obra tuvieron éxitos redondos desde los primeros días. Don Servando Ruiz Gómez realizó brillantemente una emisión de 220 millones en un papel que yo no he poseído nunca, y que llaman *Billetes del Tesoro*, y un empréstito de 150 millones; Montero Ríos dió un buen tajo al presupuesto eclesiástico; el tan modesto como entendido don Santiago Diego Madrazo ordenó las cosas de Fomento, y Mosquera intentó lo mismo con las antillanas, que eran más duras de pelar.

El verano apoyó con su calor esta vehemencia del zorrillismo, y todos íbamos viviendo... digo mal, yo no vivía, porque no daba un paso sin pisar horrendas dificultades, por los desniveles de mi hacienda, que ya me llevaban á la bancarrota inevitable. Así como los Estados, en sus conflictos pecuniarios, acuden á los grandes financieros

del mundo, yo, en mis apuros (secuela de mi enfermedad y otros excesos), llamaba á las puertas de la *Casa Rostchild*, á las de la *Casa Lafitte*. Mi sueldo y lo que yo ganaba en *El Debate* hablando pestes del radicalismo, barajando los *torys* con los *wighs*, ó bien preconizando como heroica medicina de España el *self-government*, todo esto y algo más se lo llevaba la *Casa Rostchild*, un roñoso prestamista de la plazuela del Alamillo, que en diferentes crisis metálicas me había facilitado algunos millones ó puñados de maravedises... Ahogado ya, puse mis paralelas á otras opulentas casas judaicas, y como éstas me mandaran á escardar cebollinos, fuí y qué hice, contratar un empréstito de diez duros, á corto plazo, con *Baring Brothers* de la *City* (en Madrid, callejón de San Cristóbal); mas no habiendo podido cumplir, me dieron un escándalo, y á la escandalera se agregó la *Casa Rostchild*, y entre todas aquellas casas me dejaron, como quien dice, en cueros vivos; buena moda para verano.

A estos males se sumaron otros, que por ser de calidad afectiva dolían y amargaban más, y fué que Felipa empezó á mostrarse displicente y á renegar de mi estado financiero. Aunque me adoraba, según decía, no se sentía con fuerzas para vivir del aire como los camaleones, y en sus actos y aun en la palabra, notaba yo el propósito de poner entre mi descarnada pobreza y su gallarda persona la distancia que impone el instinto de conservación. A cada momento, por un daca ó por un

toma, nos peleábamos... El regaño gordo vino al cabo, y la vi recoger su ropa para marcharse á vida menos ruin. Como yo observara que alguna prenda de su usó dejaba en casa, pensé que preparaba un artificio para volver... Al verla salir, tomé una actitud de dignidad severa, sin desplegar los labios ni alterar mi adusto entrecejo...

Al día siguiente, supe que se había hospedado en una casa donde la honestidad no tiene su asiento... Como yo esperaba y temía, volvió... Burla burlando nos enredamos en reconvenciones, *más eres tú y que torna, que vira...* Con furia un tanto grotesca Felipa me cogió de improviso doblándome por la cintura en la disposición de darme lo que llaman en Cuba un boca-abajo, y con la palma de su mano dura me arreó tal azotina en semejante parte, y luego tales estrujones en la espalda y cabeza, que olvidé mi condición varonil para chillar como un niño. Concluyó el castigo poniéndome en pie y zarandeándome. «Aunque me voy, pizca de hombre—me dijo cogiendo la puerta,—no creas que te dejo campar solo... ¡Qué sería de este pobre Tito sin mis azo...fitos!...»

Al siguiente día recibí por un mozo de cuerda un paquete conteniendo entre papeles un terno de lanilla de los que en *El Aguila* valen cinco ó seis duros. No era nuevo, pero sí en buen uso, comprado á una prendera, ó en el Rastro. Debió pertenecer á un niño de catorce años, y á mí me venía como si me lo hubieran hecho por medida. En un bolsillo

del chaleco encontré dos pesetas envueltas en un papel. La procedencia del regalo ninguna duda me ofrecía. Antes que el mozo me diera las señas de la donante, reconocí á Felipa, que era una bestia muy delicada...

Pues, señor, me endilgué al instante mi trajecito, que me caía muy bien, y salí á la calle gustoso de exhibir en ella mi persona, recluida por falta de vestimenta... Y bien podría mi buena sombra depararme una conquistilla que me consolara de tantos infortunios... Después de pasear un rato por las aceras, caldeadas del sol, volví á casa, donde reparé mi organismo con el frugal comistraje que me aderezaba la portera. Fuíme después al Café Oriental, y me arrimé á la tertulia de don Santos la Hoz, Roque Barcia, Rispa Perpiñá y otros desinteresados patriotas. Sólo estaba el primero, y con él me explayé hablando de la situación y poniendo la persona de Zorrilla sobre el cuerno de la luna.

Ya sabéis que don Santos la Hoz era un curita que condenó á garrote vil sus hábitos, metiéndose de lleno en la vida laica y en el torbellino de la política, primero progresista, después republicana. Mezquino de cuerpo, ahilado de rostro, en el cual dejó crecer patillas y un lacio bigote, suelto de nervios y más suelto de palabra, don Santos ponía en la política toda la honrada vehemencia que su alma no pudo encontrar en la vida eclesiástica... Había cambiado de tema, de norte y de ideales; pero su estilo era el mismo, y en los clubs tenía dejo y tonos de predicador;

en el café, delante del licor negro y humeante, movía las manos y miraba al vaso como un grave sacerdote que está diciendo misa.

«Esto va muy bien—me dijo mirando á un periódico que al lado tenía, como si estuviera leyendo la Epístola.—Si don Manuel sigue por el camino que ha emprendido, la democracia forzosamente ahogará la Monarquía, y don Amadeo tendrá que volverse á su tierra diciendo: «Españoles, habéis demostrado que merecéis la República... La benevolencia se impone. Pi Margall, Castelar y Barcia, que forman el Directorio, dirán á las masas en el manifiesto que preparan: «¿Hemos de tratar con igual rigor á los que nos dan condiciones de vida y de progreso, y á los que pugnan por quitárnoslas?» En fin, yo estoy contento. Esto marcha... Claro es que Sagasta y el Duque pondrán en el camino de don Manuel chinitas y peñascos...; pero, amigo, *todo lo vence amor ó la pata de cabra*, todo lo vence el principio sacrosanto de libertad, ese rayo de Dios, esa palanca, esa palanca...»

Nos burlamos luego de los carlistas, diciéndoles ante el mármol de la mesa del café: «Venid, echaos de una vez al campo... Así os aniquilaremos más pronto.» Nos reímos de las damas católico-alfonsinas. Ya podéis guardar en vinagre ó en alcohol á vuestro niño. La Patria le rechaza (frase de Castelar), *como el mar arroja á la playa los cadáveres...* Y dicho esto, nos quedamos tan frescos, con permiso del calor que nos abrasaba.

Don Santos pagó mi café, y yo me fui á la calle... ¡Oh calle, única delicia y recreo del hombre tronado!

El verano se me presentaba fosco y aterrador. Casi todos los amigos que podían aliviar mi penuria, habían echado á correr. Para mayor desdicha la inacción veraniega metió á *El Debate* en el pantano de las economías, y á mí me tocó el ser uno de los licenciados hasta otoño. El isleño se fué á Santander, Albareda á tomar los baños de Dax, y yo no tenía santo á quien poner una vela... Ferreras y Correa, ¡ay de mí!, también levantaron el vuelo. Llenéme de paciencia, y me vestí de la coraza del estoicismo. Hallaba consuelo en mi fatalismo musulmán, el cual en aquella triste ocasión me decía: «Está escrito que por desconocida senda te vendrán satisfacciones y venturas...»

En largos y calurosos días esperé, mirando á la esfinge del Mañana. Por pasar el rato escribía gratis en *La Igualdad* y en *La Ilustración Republicana Federal*. Tenía ésta su redacción en la Plaza de la Cebada, 11, y la dirigía Rodríguez Solís. En la lista de los colaboradores figuraba todo el santoral republicano, con los pontífices á la cabeza; pero los más constantes eran Roque Barcia, Roberto Robert, Ramón Cala, y otros de vago y hoy olvidado nombre. Tanto como me encantaban Robert y su acerada sátira, me entristecía don Roque con su literatura bíblica y orientalesca en rengloncitos de este jaez: «Avanza, hombre loco, y dime: ¿cuál

es tu sino?...»; y el hombre loco y pálido responde: «Mi sino es llorar hoy el Pasado, que no quiere volver y vuelve.—«Retirate, Pasado, y no olvides llevarte tu manto de tinieblas.—Adiós, hijos del día; la luz en que vivís me daña. Adiós.» ; Y había lectores, entre ellos mi portera, que se deleitaban con estas cosas!

En *La Ilustración Republicana Federal* me aclimatava yo más que en *La Igualdad*, pues aunque en ninguno de los dos periódicos ganaba un real, en el primero tenía de director al bueno y cristianísimo Rodríguez Solís, que solía convidarme á comer en su modesta casa, llenándome el buche para un par de días. A las veces, llevábame Roberto Robert á *Lhardy*, un espléndido bodegón que radica en los sótanos de la Plaza Mayor, y tiene su entrada suntuosa por Cuchilleros, en lo más bajo de la Escalerilla. Dábannos allí cocido, judías ú otro plato succulento; y amenizábamos el festín con el dulce murmurar, comentando la vida social ó política. Recuerdo que en aquel *Lhardy* apuramos una tarde el tema candente de las *Cacerías de Riosfrío*. No se hablaba de otra cosa. Persiguiendo venados con el Rey, Serrano conspiraba para derribar á Zorrilla, al mes de subir éste al poder. No sería verdad; pero el público, ávido siempre de novedades, se hartaba de aquella comidilla... Las cacerías fueron y son los más seguros vedados para matar las grandes reses políticas.

Pero don Manuel seguía tan terne, sin que

le alcanzaran los tiros, si acaso los hubo, ni cuidarse de ellos. Por aquel tiempo, si no me falla la memoria, visitó á su hermano el Príncipe Humberto, heredero de la corona de Italia. Estuvo en La Granja, en Madrid, y en Toledo y Sevilla. Al despedirle, nuestro Presidente del Consejo oyó de labios del huésped ilustre estas palabras de felicitación, que recordaba siempre con orgullo: «Deseo para mi hermano y su dinastía diez años de gobierno radical.»

Grabada con letras de oro quedó en mi memoria esta frase, porque la oí de la boca dulce y colorada de una dama, de una mujer... que... Leed, os lo suplico, leed á renglón seguido mi nueva conquista.

VII

Doña María de la Cabeza Ventosa de San José, á quien respetuosamente inscribo con el número *tantos* en mi amoroso Registro, era una dama fresca y agraciada, de negros ojos, risueña boca, lucidas carnes, poseedora de dos tiendas de telas, una en la calle de Toledo y otra en la Concepción Jerónima, donde habitualmente residía. No diré que fuese una cabal hermosura; pero sí que tenía lo que llamamos un gancho fisionómico, un garabato facial, un mirar pillín y un fruncimiento de la boquita que á todos cautivaba, y con tal gancho á mí me pescó el alma, ins-